

Hay otra inconsecuencia notable en los detractores de Juárez. Declaran que éste era un indio casi analfabeta, sin energía, sin fe en los principios, vacilante, tímido, cobarde, ingrato, envidioso, torpe, dotado de todos los defectos imaginables y que pueden concurrir para formar una absoluta nulidad. En cambio conceden á sus ministros, capitanes y demás personas que le rodeaban todas las virtudes positivas necesarias para formar caracteres de primer orden, debiendo figurar cada uno de ellos entre los grandes tipos de Plutarco. En esto último hay mucho de verdad.

Pero yo pregunto: ¿cómo es que todos esos hombres, dignos de la inmortalidad que han alcanzado, pudieron estar sometidos á Juárez desde 1857 á 1872, es decir, durante el largo período de quince años?

¿Cómo fué que no eclipsaron á Juárez, que no lo desmascararon, que no lo nulificaron? Porque hay que tener en cuenta que todos esos grandes hombres fueron ministros de Juárez, ó altos funcionarios durante su administración, ó jefes de sus divisiones militares, y aunque algunos de ellos conspiraron contra el indio rudo é ignorante, fueron sometidos de grado ó por fuerza, ó nulificados por el mismo indio.

Y como al mismo tiempo se nos dice que Juárez era impopular, que estaba altamente desprestigiado, yo vuelvo á preguntar: ¿quién lo sostenía? ¿Cuál era el secreto de su inamovilidad?

Porque una de dos: ó Juárez sólo era superior á todos aquellos hombres juntos, y los dominaba con su poder y superioridad, ó aquellos hombres, de los que cada uno valía más que Juárez, carecían de valor y de patriotismo para librar á la Nación de aquel idolo zapoteca, como le llama uno de sus detractores.

Que otro decida sobre los términos de la disyuntiva.

Yo creo que se puede llegar al poder por sorpresa, aun cuando se sea una nulidad. Desde luego tenemos el ejemplo de Masaniello. Pero también creo que sólo se puede uno mantener en él por la virtud y por grandes dotes políticas y administrativas, ó por el terror, cuando se trata de pueblos que han llegado al colmo de la degradación; y como México no se encontraba en ese estado vergonzoso; como en aquella época justamente

es cuando nuestro país se ha enorgullecido al presentar el mayor número de varones ilustres, esforzados, patriotas, denodados, tengo que concluir, que si Juárez perduró hasta su muerte en la cumbre del poder, fué porque merecía estar allí, en virtud de sus méritos, de sus servicios y de sus grandes dotes.

El Sr. Don Francisco Sosa, tan moderado y discreto en sus elogios, al hablar de Juárez, dice: «Juárez, sujeto á errar, como todos los hombres, habrá en su vida pública dado algunos pasos dignos de censura, ó que, cuando menos, no hubiesen merecido universal aprobación; pero se necesita que las pasiones políticas cieguen á sus enemigos, para que éstos desconozcan sus merecimientos. Poseía virtudes que nadie podrá negar, y su grandeza es de tal magnitud, que las más prominentes personalidades que á su lado brillaron, aparecen pequeñas si con la suya se comparan.» (*Mexicanos Ilustres*, pág. 551.)

En su *Historia del Materialismo* dice Lange, que en el encadenamiento histórico de las cosas, el pie tropieza con un millón de hilos, y no podemos seguir más que uno á la vez. Y no siempre podemos hacerlo, porque un hilo, grueso y visible, se divide en innumerables filamentos, que á intervalos se ocultan á nuestra vista.

Esto es aplicable á todas las ciencias y muy particularmente á la de la Historia.

Quizás por estar imbuído en teoría semejante exclamó Salustio: «La república acuérdesse del servicio de los suyos y no de sus yerros.»

Yo no voy tan allá que pida que se olviden los yerros; pero me resisto á que se nieguen las virtudes, y más aún á que torpemente se las quiera convertir en defectos.

A mi juicio, en Juárez hubo algo de profeta y mucho de apóstol.

Toda la misteriosa fuerza intelectual que le sirvió para ver claro entre las tinieblas de lo futuro, y vaticinar la buena nueva del advenimiento de la Democracia triunfante, y para predicar la doctrina de nuestra redención y llevarla á la práctica; toda esa misteriosa fuerza, repito, radica en su carácter, forjado en la fragua de los cíclopes, como el escudo de Aquiles, y que tanto influyó para levantar el ánimo de los apocados, para

hacer incontrastable el de los fuertes y para infundir respeto, temor y pánico en sus enemigos, desde la prepotente teocracia militar que pesaba sobre nuestra Patria como una losa funeraria, hasta el formidable déspota que rigió los destinos de la Francia y la llevó al precipicio.

Sólo poseyendo ese carácter férreo é inoxidable, pudo aquel coloso haber concebido la fe inmensa é inextinguible que tuvo en la libertad, en su obra redentora; fe que se acrecentaba á los embates de la suerte, y cuyo ímpetu aumentaba en mayor proporción que el que oponían los obstáculos que salían á atajar el paso del apóstol y caudillo, quien llevaba en sus manos el lábaro de la Libertad y en su conciencia la convicción de los derechos del pueblo.

Ejemplo vivo de todas las virtudes cívicas, inspiró confianza ciega á sus compatriotas, quienes vincularon en él las esperanzas de la Nación, y, á semejanza del caudillo, y bajo la influencia bienhechora de su enseñanza, aprendieron á resistir en la adversidad, aprendieron á acometer con las derrotas, y aprendieron á triunfar, por fin, por la perseverancia, por el patriotismo y por el cumplimiento estricto del deber.

Jamás los acontecimientos, por tremendos que fuesen, lograron dominar á Juárez, sino que, por lo contrario, él los dominó de continuo y á la larga, sin desmayar al ver perdida su labor de antes, pensando sólo en la labor actual y en la futura próxima; y si recordaba la batalla perdida, era nada más para tomar de ese recuerdo la experiencia y consagrarla á la batalla que tenía que librar después, y así se le vió influir de un modo directo é inmediato en todos los acontecimientos históricos de su época.

Juárez tuvo la sublime serenidad, que consiste en esperar el peligro á pie firme, y la intrepidez, que consiste en no pedir gracia y seguir luchando hasta contra lo que parece inevitable y fatal.

No fué optimista ni pesimista, y por eso todo lo esperó y todo lo temió del tiempo y de los hombres.

Nunca desdeñó la inteligencia, y procuró con ahinco ponerla de su lado. Pero al mismo tiempo comprendió que nada es más cruelmente castigado que la negligencia en las afinidades, por las que únicamente puede ser formada la sociedad,

y por eso mostróse tan cauto en la elección de sus asociados. Generalmente nada odian tanto los hombres que están en el poder, como á los individuos que constituyen un carácter. Juárez, por lo contrario, los buscaba con anhelo, y los prefería como colaboradores, cuando encajaban dentro de su plan de redención, porque era tan partidario del espíritu de solidaridad, que es el que pone en juego las más nobles facultades del hombre, como enemigo del sistema de disciplina, que degrada el alma, porque exige la abdicación de la personalidad.

Alguien ha dicho que Juárez fué una esfinge. Esto es un error: la esfinge proponía enigmas; mientras que Juárez los descifraba. La esfinge devoraba; Juárez redimía.

Establece La Rochefoucauld que la mayor parte de los hombres se exponen en la guerra lo bastante para salvar su honor; pero pocos quieren exponerse lo necesario en todo caso para realizar el designio por el cual se exponen. Juárez fué de esos pocos. Nunca escatimó su vida, sino que la ofreció por entero, sin vacilaciones ni cobardes regateos, que él sabía que para ejecutar grandes hazañas es preciso vivir como si no se creyese en la fatalidad de la muerte. Por eso dijo: «El patriotismo no debe medir el tamaño de los sacrificios, sino afrontarlos con resignación. Ante la salud de la República, el hombre no debe pensar en sí mismo, ni tener en cuenta su conveniencia;» doctrina que siguieron al pie de la letra sus compañeros de peregrinación y sus capitanes gloriosos.

Y en otra ocasión dijo: «Con esta fe ardiente (la que tenía en el triunfo de su causa), único título que enaltece mi humilde persona hasta la grandeza de mi encargo, los incidentes de la guerra son despreciables.» Esto, en otros términos, es tanto como decir: «yo viviré más tiempo del necesario para sobreponerme á esos incidentes y triunfar de ellos;» fe que abrigaron también los prohombres que, con las armas en la mano, combatieron siempre y en todo lugar contra la intervención y el Imperio hasta arrojarlos al abismo de la ignominia.

La adulación y la calumnia lo encontraron invulnerable. No dió acogida á la primera, pues en su modestia siempre creyó que lo hecho por él era poco en comparación con lo que creía que le faltaba por hacer. No dió acceso á la segun-

da, porque tuvo la convicción de que en todos sus actos habían presidido la buena fe, el patriotismo, la honradez y la lealtad. Tampoco fué de esas personas que confunden la importancia del puesto que ocupan con su mérito individual, ni los honores otorgados á su posición con los debidos á su persona, y por eso le oímos repetir:—«*Como hijo del pueblo*, nunca podré olvidar que mi único título es su voluntad y que mi único fin debe ser siempre su mayor bien y prosperidad.»

«Yo no reconozco más fuente de poder que la opinión pública. Mi afán será estudiarla, mi invariable empeño sujetarme á sus preceptos.»

«*La autoridad no es mi patrimonio*, sino un depósito que la Nación me ha confiado, muy especialmente para sostener su independencia y su honor.»

No fué clemente con los grandes criminales políticos, que «esa clemencia, de la que se hace una virtud, se practica unas veces por vanidad, otras por pereza, á menudo por temor, y casi siempre por las tres cosas juntas» (La Rochefoucauld) y Juárez no fué vanidoso, ni perezoso, ni cobarde, que esos estados de ánimo son incompatibles con la razón y con la libertad.

No confió en aquel que había vencido; pero tampoco rechazó sus servicios en favor de la Patria á la hora del conflicto, exceptuando á aquellos hombres que con sólo su presencia hubiesen desprestigiado la noble causa que él defendía, y siempre hizo distinción entre sus enemigos personales y los enemigos de la causa que él representaba.

Su labor fué inmensa, como caudillo, como luchador, como estadista. La Reforma y la Segunda Independencia son dos grandes hechos generales en los que están comprendidos multitud de otros hechos de inmensa trascendencia que los completan. La libertad de conciencia y la de cultos; el pueblo arrancado del claustro; el convento cerrado y la escuela laica abierta; la instrucción, ese pan del espíritu, dado sin tasa, sin que lo midiese ya el fraile, sin que lo envenenase el escolasticismo; suprimida la infamia, como precepto jurídico penal; arrancado de la Iglesia el registro de los nacimientos y defunciones; el matrimonio elevado de la categoría metafísica de sacramento, á la racional y lógica de contrato social

y bajo el amparo efectivo de la ley; la igualdad ante la muerte, establecida al hacer laicos los cementerios, para que en ellos puedan reposar juntamente los hombres de todas las religiones y de todas las nacionalidades; la igualdad ante la ley, arrancando á las clases privilegiadas fueros absurdos, y fundiendo esas clases en la masa común para la responsabilidad civil y para la penal; el soldado convertido en ciudadano y en el primer defensor de la ley y no en un déspota y el primer conculcador del derecho; la monarquía convertida en un anacronismo irrisorio, la nobleza en un sarcasmo; amputadas las *manos muertas*, para evitar que propagasen la gangrena económica; continuada la obra de nacionalización de los bienes del clero, más que como recurso económico, como medida de orden y de progreso; emprendida la liquidación de la deuda pública creada durante la guerra; castigados los traidores, cuyos bienes habían sido secuestrados; premiados, en lo posible, los servidores fieles y los militares que habían dirigido las campañas y asegurado el triunfo; suprimidas las convenciones diplomáticas, padrón de ignominia para el país, tutela vergonzosa é insoportable; reducida la esfera de acción de los diplomáticos extranjeros á sus justos límites, conforme al derecho de gentes, á fin de evitar la bochornosa intervención de los ministros y cónsules en nuestros asuntos interiores, con el carácter insolente de autócratas; desarrollados todos los órganos del cuerpo social, libres de atroñas, libres de hipertroñas, funcionando fisiológicamente; abiertos todos los senderos que conducen á todos los puestos, sin que sean títulos para ocuparlos el abolengo, la riqueza ni el favoritismo, sino el mérito personal, la aptitud, la honradez y el talento; limpios todos los arcaduces de la riqueza privada y de la riqueza pública; la Patria íntegra é inmaculada, restañadas sus heridas, exuberante de vida, con su alma palpitante, pronta á celebrar sus nupcias con el Progreso, con la frente coronada de laureles, que esos son los azahares épicos de la épica desposada; el pueblo con la convicción de su poder, de sus deberes y de sus derechos, cada vez más vinculado en la Patria, porque sabe que ésta le pertenece y sabe también que él le pertenece á ella; todo eso y mucho más se logró con los esfuerzos de Juárez y de los gloriosos colaboradores civiles y

militares que con él compartieron los peligros y miserias, que con él comparten hoy la gloria y la veneración de un pueblo, mejor dicho, de la humanidad entera.

Por eso estamos obligados, para cumplir con ineludible deber que nos impone el patriotismo, á presentar constantemente ante los ojos de la niñez y de la juventud y á mantener ante los ojos de los mexicanos de cualquiera edad, sexo y condición que sean, la figura colosal de Juárez, á fin de que les sirva de orientación, en caso de extravío; de consuelo en caso de pena; de estímulo, en caso de desfallecimiento; de ejemplo y de orgullo en todos los casos de la existencia.

Hagamos conocer la vida del hombre incomparable, hasta en sus más pequeños detalles; enseñemos cuáles fueron los resortes de esa vida gloriosa, para que en todo caso puedan nuestros conciudadanos preguntarse:—«¿Qué hubiera hecho Juárez en esta situación?» y resuelvan el problema en el sentido que lógicamente deduzcan que lo habría hecho el hombre ejemplar, el prototipo de las virtudes cívicas y de las privadas.

Hagámoslo conocer á los buenos gobernantes para modelo; á los malos para correctivo; á los invasores como escarmiento, á fin de que sepan estos últimos que la semilla de apóstoles fecundada por sangre de mártires, es la que más pronto germina y fructifica y produce cosecha de héroes incontrastables, y que los pueblos que quieren ser libres, reconquistan en un día de empuje heroico todo lo que se dejaron arrebatarse en largas épocas de desfallecimiento.

Yo he escrito este libro con amor; he querido pagar un tributo de respeto y de veneración hacia Juárez; me he sentido rejuvenecer ante estos recuerdos gloriosos; me he sentido más orgulloso que nunca del título de mexicano. Pero ante todo y sobre todo, he querido legar mi obra á la juventud hispanoamericana; como un ejemplo de lo que puede la voluntad enérgica regida por la razón, inspirada en el deber, y animada por el patriotismo, para decirle á esa juventud, con la autoridad que me dan los años y con el amor que ella me inspira:—«He allí la más alta excelsitud que han producido los siglos, los que asombrados se encaraman unos sobre otros, ambicionando servirle de pedestal eterno. Ama, venera é imita á ese titán de las edades, y respeta á la Nación que le sirvió de cuna; y

cuando veas que la envidia unida á la calumnia, su gemela hermana, dan rienda suelta á su impotente cólera, al ver tanta virtud unida á grandeza tanta, y procuren deturpar á ese Juárez, honra del género humano, díles que mienten, y fustígalas con el látigo de la verdad indignada. Y que éstos, que para los hombres de mi tiempo son gloriosos recuerdos, sean para ti, ¡oh Juventud! fuente de las más nobles esperanzas y estímulo para las más levantadas acciones.

FINIS.